

116 days). Giorgio Morandi, like Mario Ridolfi, feels a predilection for the interstices of form; in them they find their greatest pleasure, their ultimate end. They are authors who believe that the explanation of globality is in the detail, in which there does not exist a search for any god, but rather for his absence. At the same time, they are not artists who seek the fragmentary, because beyond their works we always recognize that solitude that encloses them and that protects them, than makes them as hermetic as profound and for which we appreciate them so much. History is present in both, but not in order to copy repertoires, nor to invent new ones; it is to broaden the existing ones, to appropriate from different sources within those known. The only thing that

remains is to think about how renunciation can also be found in the face of history, in the moment in which they lived, evolution marked the law, and renunciation of it was immoral. For that reason, in general, there existed a desire for a voluntary, conscious search for novelty. If the consciousness of that idea is charged with moral intentions, other values that are not those of historical evolution lose interest and become reactionary. But if there is something that characterizes the historical event. It is the concatenation of successive objectives, the succession is the intrinsic content of history. Events are arranged a posteriori by means of the abstraction we make of them. The grouping of several of them is abstracted, giving them a content that they did not have when

they took place, a concrete value. If Morandi and Ridolfi were conscious of this evidence, they could think: Why consider as positive only the values that seek evolution by means of novelty? Couldn't others be positive that weren't conceived by the volition for the search of evolution?

Does there exist, in the renunciation of Ridolfi and Morandi, an attempt to flee from the dictatorial historical evolution present in modern thought? Yes, in that the vertiginous succession of events and the attraction of novelty that we feel now more than ever stopped being a problem for them. Possibly renunciation was their response, but a renunciation in which abandonment does not exist. A renunciation in which today I can come to appreciate traces of courage.

Las letrinas como pretexto

Latrines as Pretext

CARLOS SAMBRICIO

Frente a una historia de la arquitectura entendida en términos de composición arquitectónica o frente al análisis del hecho constructivo establecido desde la referencia a la tríada vitrubiana surgía, hace pocos años, la preocupación por estudiar la evolución del espacio doméstico; ante la historia total surgía el interés por comprender cómo la vida cotidiana

había determinado el espacio arquitectónico, asumiendo la idea de Tocqueville cuando señalaba cómo la familia —en tanto que forma de ordenar la vida social y política— genera un código de valores que marcan la cultura de su mundo.

Los estudios sobre la vida privada —sobre la familia, el rol de la mujer o la casa— tuvieron

desarrollo posterior por parte de quienes se interesaron en conocer cuáles eran los “usos” y “programas” establecidos en cada momento para el espacio doméstico: y si en un principio este análisis se centró en la casa —en cuanto que referencia primera— poco a poco el estudio de los usos —de los programas de necesidades— se aplicaron también a la ciudad; enfrentarse, por ejemplo, al trazado de las redes de alcantarillado o alumbrado significaba analizar la trama urbana al tiempo que suponía cuestionar la forma de vida en cada uno de los barrios de la ciudad (viendo sus características); conocer la existencia de actividad edilicia implicaba saber cómo se produjo su transformación urbana, y enfrentarse a las ordenanzas municipales en los siglos XVIII y XIX suponía no ya estudiar el hecho urbano desde la referencia a normas de ornato sino, por el contrario, desde ordenanzas de aire, fuego y agua que regulaban la relación entre ancho de calles y altura de las edificaciones (para que —desde supuestos higienistas— “...el aire y el sol puedan entrar en las calles, ventilándolas y saneándolas”) al tiempo que definían qué calles debían ser consideradas de primer orden, cuáles de segundo y cuáles de tercero, fijando —para cada una de ellas— anchos y alturas precisas. El uso de la ciudad, por otra

Carlos Sambricio es catedrático de Historia de la Arquitectura de la Escuela de Arquitectura de Madrid. El presente texto es un comentario al reciente libro de Roger-Henri Guerrand *Las letrinas: Historia de la higiene urbana*, Valencia, Edicions Alfonso el Magnánim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, número 48, 1991.

Carlos Sambricio is Chairman of History of Architecture in the School of Architecture of Madrid. This text is a commentary on Roger-Henri Guerrand's recent book Las Letrinas: Historia de la higiene urbana, [Latrines: History of Urban Hygiene] Valencia, Edicions Alfonso el Magnánim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, número 48, 1991. Translated by Deborah Gorman.

Exención de las Juras segun los diferentes Casos que pueden ocurrir
ya todo Copiado á la letra de los originales.

82. Esta es una breve summa de lo que he respondido al obispo de mi Comisión que en el giro de mi viaje he tenido oportunidad de hacer, sin padecer de la fatiga ni incomodidad que no haya caído como sacrificio a la Superior honra que me dispense B.E. en confiarle su desempeño, si me suene diese tan feliz que me había conducido hasta azeitea con él, y con el agrado y aprobación de B.E. emprezase a finar de este momento la época de mi mayor fortuna.

de este momento la
 No. 1. Que A. P. E. los muchos años que
 Combien a la Monarchia y lo necesario. Madrid lo de Agosto
 del 52.

ex^{mo} Senc
 B. L. M. de Vesp.
 L. m. af y rend. Ser^{on}

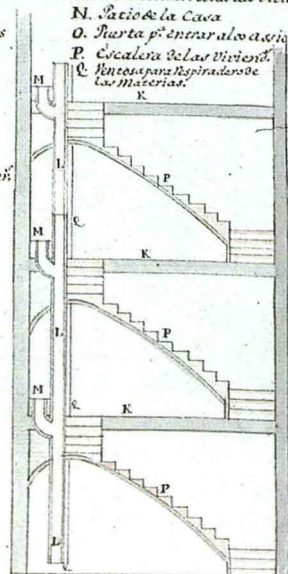
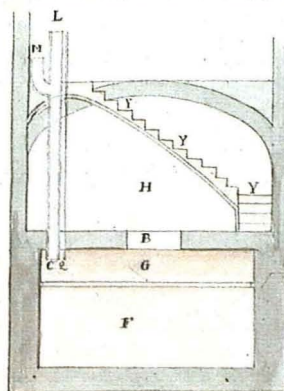
Jaimé Bondy

Ex^{mo} Sr. Marques de la Ensenada.

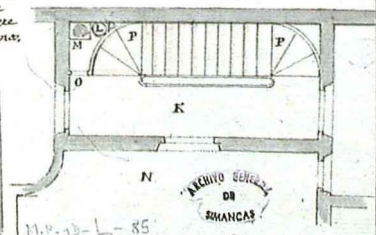
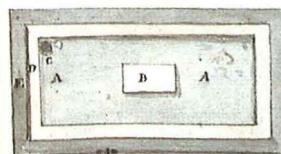
Plano y Perfil de una Letrina con sus Comunicaciones para el uso de una Casa Grande.

- A. Plano de la Plaza de Levina.
B. Puerta por donde se Limpia.
C. Inyección del Cañon por donde bajan las maserías.
D. Grupo de sus paredes independientes de las de la Casa.
E. Paredes de la Casa.
F. Altura de la Plaza.
G. Altura de su Boveda.
H. Cuentas del servicio de la Casa.
I. Escalera para bajar a ella.
K. Pasillo en el pavimento de la Escalera.
L. Cañon por donde bajan las maserías.
M. Asientos en todas las Puercas.
N. Sacio de la Casa.
O. Puerta para entrar al aseo.
P. Escalera de las Puercas.
Q. Ventana para respirar de las maserías.

- L. Cañon por donde bajan
las Materias.
M. Asientos en todas las Viviend.
N. Patio de la Casa
O. Puerta p^a entrar alv a agrienta.
P. Escalera de las Viviend.
Q. Ventosa para Respiraderos de
las Materias.



Esta Casa tiene diez Vecinos, diez
Lecinas, que concurren a una fogata, y cinco
y ocho Chimaneas; dicha fogata tarda
dos años en llenarse, habiendo siempre
quarenta Personas, poco mas o menos;





Vittore Carpaccio. *Sant'Agostino nello studio.*
Vittorie Carpaccio. *Sant'Agostino nello studio.*

parte, condicionó incluso las modificaciones realizadas en las antiguas alineaciones o en el límite de ciudad (al cambiar murallas por paseos), y la realidad repercutió en la imagen de ciudad por encima de trazados formales. Si los estudiosos de la historia urbana han abandonado poco a poco las referencias a las discusiones tipológicas/morfológicas, por lo mismo aquellos otros preocupados por la arquitectura han insistido en la evolución del espacio doméstico —en el espacio de la vida cotidiana— intentando comprender el sentido que, en cada momento, tenía éste al ser definido desde una necesidad: tanto se ha analizado la transformación del espacio militar (diferenciándose, incluso, las características de los cuarteles de caballería frente a los de infantería a partir de sus distintas necesidades), como se ha estudiado el programa espacial de un burdel del siglo XV o se han definido los diferentes programas que existen en un palacio de la aristocracia en el antiguo régimen —por no decir en un palacio real—,

cuando cada miembro de la familia tiene un espacio propio definido y localizado, aislado del resto, y donde su entorno varía no sólo en función de su papel en la familia sino también según la importancia de la mansión. Ocurre así que cuando se estudia la planta de una vivienda, casa de campo o palacio de los siglos XVII o XVIII, a menudo la atención se centra más en aspectos compositivos (simetría, distribución o disposición) sin que nos detengamos a comprender o explicar su uso; en este sentido, la reciente publicación por Roger-Henri Guerrand de su trabajo *Las letrinas: Historia de la higiene urbana* plantea un tema tan importante como es la evolución en la ubicación de retretes en la arquitectura de los siglos XVI al XX y cómo —incluso— en los grandes edificios del siglo pasado ni siquiera se pensó —como ocurrió en la Ópera de París, de Garnier— en definirlos en el plano, al considerarlos como problema irrelevante. El texto de Guerrand es pretexto para destacar la importancia de los tratados que estudiaban

la distribución, y la idea formulada por Eleb Vidal sobre cómo *savoir vivre dans les lieux* hace que comprendamos los cambios que se producen en estos siglos, sobre todo si recordamos que para Vitruvio hablar de distribución equivalía a hacerlo de disposición: “...el *apartamento ideal* —según D’Avillier— se compone de antecámara, cámara, un gabinete y un guardarropa, debiendo tener siempre una escalera de comunicación secundaria que le dé autonomía y privacidad”. Si hasta el siglo XVII la vivienda estaba constituida por un conjunto de espacios polivalentes y la intimidad era algo desconocido, nuestra actual dificultad para comprender una planta aumenta cuando sabemos que los apartamentos privados deberían dar hacia la fachada posterior, abriéndose la zona “pública” a la principal: y la idea que formulara M. Pratz sobre la *Stimmung* (la sensación de intimidad) adquiere un valor inexistente hasta el momento y su consecuencia es la necesidad de que en la vivienda aparezcan lugares “neutros” o lugares de encuentro.

Los trabajos de Monique Eleb-Vidal, la exposición coordinada por Teyssot con motivo de la Trienal de Milán o, incluso, la realizada en España bajo dirección de Fernández Galiano partían de una idea común: la vivienda, entendida como “dispositivo”, es consecuencia de una paulatina especialización de espacios y la dificultad aparece cuando frente a conceptos abstractos —definidos en los tratados de estos siglos como apartamento, alcoba, sala, salón...— surge el problema de los dos mundos que normalmente convivían en aquellos enormes caserones. África Martínez, al estudiar los palacios madrileños del siglo XVIII, señala cómo en el de Osuna, por ejemplo, en 1752 figuran como empleados de aquella casa dos secretarios, un asesor de cámara, un gentil-hombre de cámara, un tesorero general, un escribano de cuentas, un agente, un médico de familia, siete pajes, un archivero, un ayuda de cámara, un portero de contaduría, un mozo de retrete, un comprador general de la ración del día, un repostero y su ayudante, cuatro cocineros, un mozo de cocina, un caballero, tres lacayos, nueve cocheros, tres mozos de silla, cuatro mozos de mula, dos mozos de caballo, un farolero, dos mozos de casa, un

maestro de obras de casa, un peluquero, diez criados sin oficio, lavandera, tres abogados y un fraile. Además, el cuerpo femenino lo componían cinco damas, cuatro camareras...

A la vista del enorme número de criados y dependientes, surge la pregunta de cómo se definía el entorno de cada uno, de cómo se establecía el espacio para cada tipo de criados o servidores. Es evidente que no sólo existe una estructuración por planta sino que incluso se plantea otra, tridimensional, donde pasillos y corredores se entrecruzan sin entrar nunca en contacto y que ese enorme laberinto donde no se establece el encuentro define algo que ya había aparecido en El Escorial, según contara en su día Pedro Martín: la existencia de llaves de una, dos o tres vueltas para las cerraduras del monasterio de forma que la gente de la corte sólo pudiese acceder a estancias comunes; los fieles al rey —poseedores de llaves de una vuelta— tenían además acceso a un segundo espacio; los íntimos del monarca poseían llaves de dos vueltas —que permitían pasar a un tercer espacio— y sólo Felipe II y las personas de su Cuarto eran poseedores de las llaves de tres vueltas que caracterizaba el último espacio sagrado.

Conocer entonces en qué parte del monasterio vive el rey, cuál es su comedor o cuál —incluso— el salón del trono, son aspectos que todavía hoy desconocemos de El Escorial, a pesar de la abundante literatura escrita sobre el tema; en este sentido comprender y definir las zonas antes citadas, estudiar su uso y definir cuáles eran aquellos canales de circulación abre puertas a una nueva forma de entender la historia.

As opposed to a history of architecture understood in terms of architectonic composition, or as opposed to the analysis of the constructive event established with reference the Vitruvian triad there emerged, a few years ago, a concern with studying the evolution of domestic space; faced with total history an interest in understanding how daily life has determined architectonic space emerged, assuming Tocqueville's idea when he pointed out how the family —as a form of ordering social and political life— generates a code of values that marks the culture of its world.



Castillo de Charlottenburg, Berlín. Dormitorio de la reina Luise.
Charlottenburg Castle, Berlin. Queen's Luise bedroom.

Studies of private life —on the family, the role of woman or the house— were later developed by those who took an interest in knowing what were the “uses” and “programs” established in each moment for the domestic space, and if at first this analysis is centered on the house —as a first reference— little by little, the study of uses —of the programs of needs— was also applied to the city. Dealing with; for example, the plan of the sewer or lighting networks, implied analyzing the urban scheme, at the same time that it implied questioning the way of life in each one of the city's neighborhoods (looking at their characteristics). Knowing the existence of building activity implied knowing how its urban transformation occurred. And dealing with municipal ordinances of the eighteenth and nineteenth centuries implied no longer studying urban events with reference to decorative norms but, on the contrary, implied dealing with ordinances on air, fire, and water that regulated their relationship between the width of streets and the height of buildings (so that —from hygienic hypotheses— “...air and sun can enter the streets, ventilating and cleansing them”) at the same time that they defined which streets had to

be considered of the first order, which of the second, and which of the third, establishing —for each one of them— precise widths and heights. The use of the city, on the other hand, even conditions the modifications carried out in the old alignments or at the city limits (by exchanging walls for avenues), and reality had an impact on the image of the city over formal designs.

*If scholars of urban history have abandoned, little by little, references to typological/morphological discussions, for the same reason others concerned about architecture have insisted on the evolution of domestic space —on the space of daily life, attempting to understand the meaning that, in each moment, it had upon being defined from a need. The transformation of military space (even differentiating the features of Cavalry barracks as opposed to Infantry barracks, starting from their different needs) has been analyzed as much as the spatial program of a fifteenth-century brothel has been studied or the different programs that exist in a palace of the Ancien Régime's aristocracy —not to speak to a royal palace— have been defined, when each member of the family has a space of his own defined and located, isolated from the rest, and where his environment varies not only in function of his role in the family but also according to the importance of the mansion. It happens thus that when the ground plan of a home, country house, or eighteenth or nineteenth-century palace is studied, attention is often centered more on compositional features (symmetry, distribution, or layout), without stopping to understand or explain their use. In this sense the recent publication by Roger-Henry Guerrand of this work, *Las Letrinass: Historia de la higiene urbana*, puts forward a subject as important as is the evolution of the placing of toilets in the architecture of the sixteenth to the twentieth centuries, including how, even in large buildings of the last century, defining them in the plan was not even thought of, as occurred with the Paris Opera by Garnier, and the consideration of them an irrelevant problem. Guerrand's text is a pretext to emphasize the importance of the treatises of distribution studied, and the idea formulated by Eleb-Vidal on how “savoir vivre dan les lleux” makes us understand the changes that are taking place in this century, especially if we remember that for Vitruvius, to speak of distribution was equivalent to speaking of*

layout. The ideal apartment —according to D'A-
viller— "Is made up of anteroom, main room,
sitting room, cloakroom, there always being a
secondary connecting stairway that gives it auto-
nomy and privacy." If until the seventeenth
century the dwelling was made up of a grouping of
multipurpose spaces and privacy was something
unknown, our current difficulty in understanding
a ground plan increases when we know that
private apartments must have been facing the rear
façade, opening the "public" zone to the main one,
and the idea that M. Prazt formulated about
"Stimmung" (feeling of intimacy) acquires a value
inexistent up to now, and its consequence is the
necessity that in the dwelling "neutral" places or
meeting places appear.

The works of Monique Eleb-Vidal, the exhibition
coordinated by Teyssot for the Triennial of Milan
or, even, the exhibition carried out in Spain under
the direction of Fernández Galiano, depart from a
common idea; the dwelling, understood as "mech-
anism", is a consequence of a gradual specializa-
tion of spaces, and the difficulty appears when,
faced with abstract concepts —defined in the
treatises of these centuries as apartment, bedroom,

drawing room, hall... The problem of the two
worlds that normally live together in those enor-
mous houses arises. Africa Martínez, on studying
palaces of eighteenth-century Madrid, notes how
in the Osuna palace in 1752, for example, there
appear as employees of that house two secretaries,
a chamberlain, a gentleman-in-waiting, a general
treasurer, an accounts clerk, an agent, a family
doctor, seven pages, an archivist, a valet, a
steward, a butler, a general buyer of daily provi-
sions, a baker and his assistant, four cooks, a
kitchen boy, a groom, three footman, nine coach-
men, three carriage hands, four mule drivers, two
stableboys, one lamplighter, two houseboys, a
master of household repairs, a hairdresser, ten
general servants, a washerwoman, three lawyers,
an a friar. In addition, the female corps was made
up of five ladies-in-waiting, four chambermaids...
In view of the enormous number of servants and
dependents, the question arises of how the enviro-
ment of each was defined, of how spaces for each
kind of servant or staff member was established. It
is obvious that there was not only an organization
by floor, but also, that there was even another,
three-dimensional one, where hallways and corri-

dors interlaced without ever coming into contact,
and that enormous labyrinth where the encounter
does not take place defines something that had
already appeared in El Escorial. Pedro Martín
related it in his day: the existence of keys of one,
two, or three revolutions for the Monastery locks,
so that people of the Court could only reach
common areas; those loyal to the king —holders
of keys of two revolution— also has access to a
second space; the monarch's intimates had keys of
two revolutions that allowed them to pass to a
third space— and only Felipe II and the people of
his Household were holders of keys of three
revolutions that characterized the last sacred
space.

To know then in what part of the Monastery the
King lives, which is his dining room, or which even
the throne room, are features that we still do not
know about El Escorial, despite the abundant
literature written on the subject. In this sense to
understand and define the zones previously menti-
oned, to study their use and define what those
channels of circulation were opens doors to a new
way of understanding history.